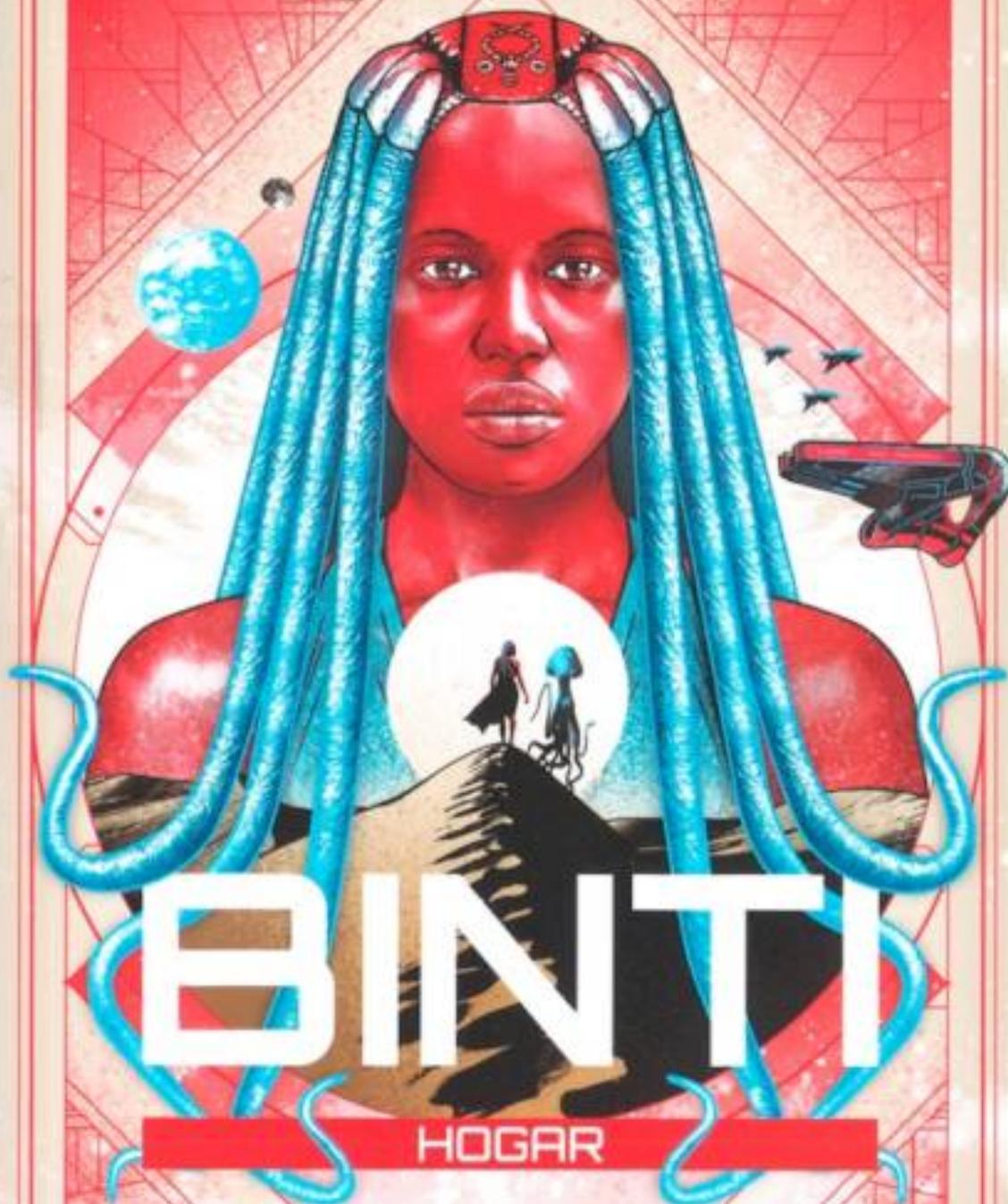


NOMINADA A LOS PREMIOS HUGO, LOCUS Y NOMMO



BINTI

HOGAR

NNEDI OKORAFOR

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH

Tras su primer año en el planeta Oomza Uni, Binti decide, junto a la medusa Okwu, viajar de vuelta a la Tierra, a su antiguo hogar con los himba.

Para Binti, volver significa enfrentarse a su familia, a sus amigos y a su propia comunidad. Aunque se haya convertido en una heroína interplanetaria, los himba no pueden perdonarle la traición de abandonar a su pueblo y renunciar a sus tradiciones. Okwu, por su parte, es la primera medusa en la Tierra desde hace más de un siglo, tras una paz entre su especie y los khous tan reciente como frágil.

—Cinco, cinco, cinco, cinco, cinco, cinco —susurré.

Ya estaba ramificando, con los números dando vueltas a mi alrededor como granos en una tormenta de arena, y sentí un profundo chasquido cuando algo en mi interior cedió. Produjo un dolor agradable, igual que al crujir los nudillos o estirar un músculo. Me hundí más y hallé calidez. Podía oler la sangre en mis venas y el aroma terroso del *otjize* que me había aplicado en la piel.

La habitación desapareció. La mirada sorprendida en el rostro de Okpala, mi profesora de matemáticas, desapareció. Aferraba mi *edan*, y las puntas de su forma estrellada se me clavaban en las manos.

—Oh, cielos —murmuré.

Algo le estaba pasando. Abrí las palmas ahuecadas. Como *no sabía* que no debía soltarlo, lo habría dejado caer si no me hubiese hallado en meditación matemática profunda.

Lo primero que pensé fue en la bola de hormigas que vi una vez, con seis años, rodando por una duna; así se desplazaban cuesta abajo las hormigas del desierto. Había corrido para observarla de cerca y chillé con alegría y asco ante la fluctuante masa viva de sus cuerpos. Mi *edan* se retorcía y revolvía ahora como una bola de hormigas del desierto; las láminas triangulares que lo componían giraban, rotaban y cambiaban entre mis palmas. La corriente azul que había invocado oscilaba rodeando y adentrándose entre las placas como un gusano. Se trataba de una nueva técnica que me había enseñado la profesora Okpala y que había perfeccionado durante los últimos dos meses. Incluso la llamaba la corriente del «agujero de gusano» por su forma y

porque requería emplear la métrica de estos agujeros para activarla.

«Respira», me dije. Una parte reprimida de mí quería lamentarse porque la corriente que atravesaba el *edan* lo estaba desmontando; debía parar, nunca sería capaz de juntar todas las piezas de nuevo. Sin embargo, abrí la boca y volví a susurrar el número tranquilizador.

—Cinco, cinco, cinco, cinco.

«Tú solo respira, Binti», pensé. Sentí una ráfaga de viento en la cara, como si algo hubiera pasado por delante. Me pesaban los párpados. Dejé que se cerraran...

Me hallaba en el espacio. Oscuridad infinita. Ingravidez. Volaba, caía, ascendía, atravesaba el quebradizo polvo metálico de un anillo planetario. Unas piedras minúsculas me acribillaban la piel. Abrí un poco la boca para respirar y el polvo me azotó los labios. ¿Podía respirar? Un aliento lleno de vida brotó en mi pecho desde mi interior y sentí que los pulmones se expandían, llenándome. Me relajé.

—¿Quién eres? —preguntó en el dialecto de mi familia una voz que procedía de todas partes.

—Binti Ekeopara Zuzu Dambu Kaipka de Namib, ese es mi nombre —respondí.

Silencio.

Esperé.

—Hay más —dijo la voz.

—Eso es todo —repose, irritada—. Ese es mi nombre.

—No.

El fogonazo de rabia que me atravesó me pilló por sorpresa. Pero enseguida lo acogí con agrado. Conocía mi nombre. Estaba a punto de gritarlo cuando...



Me hallé de vuelta en el aula. Sentada delante de la profesora Okpala. «Me he enfadado muchísimo», pensé. «¿Por qué estaba tan enfadada?». Esa furia era un sentimiento horrible. En casa, las sacerdotisas de las Siete Deidades podrían haber dictaminado que tal nivel de rabia era impuro. Uno de mis *okuoko* con aspecto de tentáculo se contrajo. Fuera, el segundo sol se estaba poniendo. Su brillo se mezclaba con el del otro sol e inundaba el aula de un color que me encantaba, una combinación intensa de rosa y naranja que los nativos de Oomza Uni llamaban *ntu ntu*. Los *ntu ntu* eran unos insectos del planeta que ponían huevos de ese intenso rosa anaranjado que resplandecían con un brillo tenue en la oscuridad.

La luz iluminó mi *edan*, cuyas partes simétricas flotaban ante mí en una red de corriente. Nunca lo había visto tan desmontado y no había sido mi intención hacerlo. Lo que pretendía era que el objeto se comunicara por sí mismo al filtrar una corriente entre sus trazados. Según Okpala, eso solía funcionar y yo quería saber lo que mi *edan* tenía que decir. Sufrí un pinchazo de ansiedad. «¿Podré volver a juntarlo todo?», pensé con desesperación.

Llena de alivio, observé que todas las partes del *edan* que se habían separado regresaban lenta y sistemáticamente a su lugar. Completo de nuevo, el *edan* se posó en el suelo ante mí. «Gracias a las Siete», pensé.

Tanto el azul de la corriente que seguía envolviendo al *edan* como el intenso *ntu ntu* brillaban en la cabeza gacha de Okpala. Tenía una libreta y un lápiz de verdad en la mano, elementos muy terrícolas. Escribía con frenesí con uno de esos rudos lápices que confeccionaba ella misma a partir de la rama de un árbol parecido al tamarindo que crecía cerca del edificio de Matemáticas.

—Te has caído de la rama —dijo sin levantar la mirada. Así llamaba a ese momento cuando alguien estaba ramificando y de repente dejaba de hacerlo—. ¿A qué ha venido eso? Por fin habías conseguido que el *edan* estuviera dispuesto a abrirse.

—¿Eso es lo que hacía? ¿Entonces es algo bueno? —La profesora se rio entre dientes sin dejar de escribir. Yo fruncí el ceño y sacudí la cabeza—. No lo sé... Ha ocurrido algo. —Me mordí el labio—. Ha ocurrido algo.

Centré mi atención en ella cuando alzó la mirada. Hubo un momento en el que me pregunté si era su estudiante o su objeto de estudio.

Dejé que la corriente se disipara, cerré los ojos y descansé la mente con la ecuación tranquilizadora de $f(x) - f(-x)$. Toqué el *edan*. Sólido de nuevo, menos mal.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la profesora Okpala.

A pesar de curarme con la ecuación calmante, la cabeza empezaba a dolerme. Y entonces una ira cegadora me inundó como agua hirviendo.

—Uf, no lo sé —respondí, masajeándome la frente y con el ceño más arrugado—. No creo que lo que ha pasado tuviera que pasar. Ha ocurrido algo, profesora Okpala. Algo raro.

La profesora soltó una carcajada. Apreté los dientes, enfadada. Otra vez. Tanta furia... No era propia de mí. Y últimamente se estaba *convirtiendo* en parte de mí, porque ocurría muy a menudo. Pero ¿mientras ramificaba? ¿Cómo era posible? No me gustaba ni un pelo. Aun así, llevaba un año terrícola trabajando con la profesora Okpala y si algo había aprendido era que trabajar con cualquier tipo de *edan*, sin importar en qué planeta se hubiera encontrado, significaba trabajar con lo impredecible. «Toda acción conlleva un sacrificio», solía decir Okpala.

Cada *edan* hacía algo distinto por distintas razones. El mío, además, era ponzoñoso para las medusas; aquello me salvó la vida cuando me atacaron en la nave. Por eso Okwu

nunca venía a ver mis sesiones con Okpala. Sin embargo, si yo lo tocaba, no me producía ese efecto. Incluso me había arriesgado a tocar el *edan* con uno de mis *okuoko*. Solo así me di cuenta de que, por muy medusa que fuera esa parte de mí, yo seguía siendo humana.

—Ha sido una deconstrucción aislada —dijo la profesora Okpala—. Había oído hablar de ella. Nunca la había presenciado. Bien hecho.

Lo dijo con toda la tranquilidad del mundo. «Si nunca la ha presenciado antes, ¿por qué actúa como si hubiese hecho algo mal?», me pregunté. Ensanché las aletas de la nariz para calmarme. No, eso no era propio de mí. El tentáculo volvió a contraerse y un pensamiento extraño y bastante sólido se instaló en mi mente: «Okwu está a punto de luchar». Me atravesó un escalofrío electrizante de rabia y pegué un salto. ¿Quién intentaba hacerle daño? Me esforcé por parecer tranquila.

—Profesora, tengo que irme. ¿Puedo? —dije.

Dejó de escribir y me dirigió un ceño fruncido. La profesora Okpala era tamazight y, por lo que mi padre decía tras años vendiendo a los tamazight, eran gente de pocas palabras, aunque contundentes. Podría haber sido una generalización, pero resultó ser cierto en mi profesora. Conocía bien a Okpala; tras ese ceño se daba toda una galaxia repleta de acción. Sin embargo, debía marcharme, y debía marcharme ya. Okpala alzó una mano y la agitó.

—Vete.

Me levanté y casi choqué contra una maceta que había detrás de mí al darme la vuelta con torpeza hacia donde tenía la mochila.

—Cuidado —me dijo—. Estás débil.

Recogí la mochila y salí antes de que cambiara de opinión. La profesora no era directora del departamento de matemáticas por nada. Seguro que cuando me conoció ya lo tendría todo calculado. No fue hasta muchísimo más tarde cuando me percaté del peso de esa sucinta advertencia.



Tomé la lanzadera solar.

Como el segundo sol se estaba poniendo, la lanzadera de la universidad se había cargado por completo e iba a máxima potencia. Tenía forma de serpiente, pero era tan espaciosa que cabían cincuenta individuos del tamaño de Okwu sin problema. La capa externa estaba hecha de la piel mudada de alguna criatura gigantesca que residía en alguno de los muchos bosques en Oomza. Me contaron que el cuerpo de la lanzadera era tan resistente que una colisión no le dejaría ni un arañazo. Se apoyaba y viajaba sobre un lecho de «fugóleo», un aceite verde y resbaladizo secretado sobre la vía por unas plantas insectívoras enormes que crecían junto a la estación.

Esas plantas negras descomunales siempre me habían parecido horripilantes; daba la sensación de que, si te acercabas demasiado, te comerían. Y se envolvían con un hedor cobrizo tan similar al de la sangre que, la primera vez que fui a la estación, sufrí lo que más tarde aprendí que era un ataque de pánico. Me había detenido en la plataforma, con la mirada perdida y ese olor en la nariz. Llegaron entonces los destellos de unos recuerdos tan vívidos... Pude oler la sangre recién derramada. Recuerdos de cuando estuve en el comedor de una nave en medio del espacio exterior y todo el mundo acababa de ser brutalmente asesinado por las medusas.

Aquel día no había subido a la lanzadera. Me pasé semanas sin tomarla y opté por el transporte rápido, una especie de autobús flotante que, de hecho, era mucho más lento y se usaba para viajes cortos. Cuando me harté de su lentitud y decidí probar de nuevo la lanzadera solar, me pellizqué la nariz y respiré por la boca hasta que subí a bordo. El olor desapareció cuando se puso en marcha.

Le ofrecí mi astrolabio a la nativa que manejaba el escáner. Estrechó sus grandes ojos azules y me miró por encima de su naricita, como si no me viera tomar esa lanzadera con tanta frecuencia como para saberse mi horario. Tocó uno de los *okuoko* con un dedo; sus manos eran más grandes que mi cabeza. A continuación se frotó el *otjize* entre los dedos y me indicó con gestos que entrara en el vagón de la lanzadera.

Me senté en el mismo sitio de siempre, en la sección para gente de mi tamaño, junto a una de las grandes ventanas redondas, y me até el cinturón. La lanzadera viajaba a una velocidad de entre ochocientos y mil seiscientos kilómetros por hora. Llegaría a la Ciudad de las Armas en quince minutos y esperaba que no fuera demasiado tarde, porque Okwu planeaba matar a su profesora.



El ascensor, del tamaño de una casa, se abrió con un ruido sordo; salí corriendo, con las sandalias aporreando el suelo de liso mármol blanco. La sala era inmensa y de techos altos, con paredes curvas y esculpidas en ese grueso mármol del mismo color que los dientes. Tosí, me ardían los pulmones. Wan, un ser parecido a las medusas, se hallaba a unos metros de distancia, sumergido en una enorme columna lavanda del gas que respiraba. No le colgaban tentáculos como a Okwu, pero aun así parecía una versión gigante de las medusas que vivían en el lago junto a mi casa, en la Tierra. Wan también hablaba el idioma de las medusas. Me había reunido muchas veces allí con Okwu, así que me conocía.

—Wan, dime dónde está Okwu —le pedí en su lengua.

—Allí —dijo, expulsando gas en el pasillo—. En la presentación para la profesora Dema contra Jalal.

—Gracias, Wan —jadeé, y supe lo que pasaba.

Pero Wan ya se dirigía hacia el ascensor. Me levanté la falda por encima de los tobillos y corrí a toda velocidad por el pasillo.

A izquierda y derecha, estudiantes de distintas partes de la galaxia trabajaban en sus proyectos finales sobre armas de protección, el trabajo de ese trimestre. El de Okwu era una armadura y el de su compañera Jalal, una corriente eléctrica.

Okwu y Jalal iban a clase juntas, estaban en la misma residencia y trabajaban estrechamente en sus proyectos. Y hoy iban a ser examinadas la una contra la otra, como era costumbre en la Educación Armamentística de Oomza. Me fascinaba esa presión competitiva en el aprendizaje de armas, aunque me complacía que las matemáticas versaran más sobre la armonía. Como Okwu era Okwu (una medusa cuyo honor, enfoque y tradición eran fríos y rígidos), le encantaba, el programa. El problema residía en que Okwu detestaba a su profesora y la profesora Dema detestaba a Okwu. Okwu era una medusa y la profesora Dema, una mujer humana y khoush. Sus respectivos pueblos se habían odiado y matado durante siglos. El odio tribal perduraba, incluso en Oomza Uni. Y hoy ese odio, tras llevar un año cociéndose a fuego lento, alcanzaba su punto de ebullición.

Llegué al lugar de la prueba justo cuando Okwu, envuelta en una piel metálica, sacaba su afilado agujijón blanco y apuntaba a la profesora Dema. A unos metros de distancia, la profesora sujetaba con las dos manos un arma enorme parecida a una pistola y lucía una mueca de disgusto en los labios. Así no era como debían ser los exámenes finales.

—Okwu, ¿qué haces? —le preguntó Jalal en el idioma de las medusas. Estaba a un lado y entre sus pinzas a lo

mantis aferraba algo parecido a unos palos con puntas de fuego—. ¡La vas a matar!

—Terminemos con esto —gruñó Okwu en su idioma.

—Las medusas no saben lo que es el respeto —dijo la profesora en khoush—. Nunca entenderé por qué te aceptaron en esta universidad. Es imposible educarte.

—Llevo todo el cuatrimestre aguantando tus comentarios insultantes. Voy a acabar contigo de una vez. Tu gente no infestará esta universidad —dijo Okwu.

Mis pulmones se esforzaban por respirar entre todo el gas que Okwu soltaba copiosamente al prepararse para atacar a su profesora. Si no paraba, llenaría la habitación. Vi que a la profesora Dema le lloraban los ojos y se esforzaba por no toser. Conocía a Okwu: lo estaba haciendo a propósito, disfrutaba de la mirada tensa en el rostro de su profesora. Solo disponía de segundos para actuar. Me lancé delante de la medusa, tirándome al suelo ante sus *okuoko* que colgaban justo por debajo de la armadura convertida en arma. Miré a Okwu; notaba sus tentáculos suaves y pesados junto a la cara. Las medusas entendían la postración de inmediato.

—Okwu, escúchame —dije en khoush.

Desde que llegamos a la universidad, había enseñado a Okwu a hablar khoush otjihimba, y mi lengua; la medusa odiaba el sonido de las dos. Creo que esto se debe, en parte, a que Okwu consideraba el sonido de cualquier idioma inferior al de las medusas. Pero, además, tenía que producir las palabras a través de un tubo, situado entre sus *okuoko*, por el que expelía el gas que usaba para respirar en atmósferas de aire, algo que le resultaba difícil y antinatural. Le molestaba que le hablara en khoush, por lo que era la mejor forma de atraer su atención.

Generé una corriente; ahora podía ramificar más rápido que cuando estaba en casa. En el último año había aprendido mucho de la profesora Okpala. La corriente tocó mis *okuoko*, me hizo cosquillas y a continuación alcanzó los de

Okwu. Volví a sentir esa rabia de repente y, en mi interior, una parte de mí me acusó con firmeza: «Impura, Binti. ¡Eres sucia!». Rechiné los dientes para mantener el control. Fracapé y lo solté sin más. Mi voz salió en un estallido claro y alto.

—¡Detente! —grité en khoush—. ¡Detente ahora mismo!

Sentí que mis *okuoko* se ponían de punta y se retorcían como esos cúmulos de serpientes apareándose que a veces veía en el desierto. Debía parecer una bruja enloquecida. Yo también me sentía así.

Okwu bajó de inmediato su aguijón, dejó de exhalar gas y se alejó de mí.

—Quédate ahí, Binti —dijo—. Si tocas la armadura, morirás.

La profesora Dema también bajó el arma.

Silencio.

Me quedé en el suelo, con las matemáticas revoloteándome en la mente y la corriente aún rozando a mi única amiga en todo el planeta tras un año allí. Sentí que la tensión abandonaba la habitación, que me abandonaba a mí también. Unas lágrimas de alivio se derramaron por las comisuras de mis ojos a medida que esa rabia extraña y aleatoria se iba agotando. Mis *okuoko* dejaron de retorcerse. En la cavernosa área de trabajo había otros seres, observando. Hablarían, se correría la voz y aquello se convertiría en otro recordatorio para los estudiantes, humanos y no humanos, de que guardaran las distancias conmigo, incluso si les caía bastante bien.

La amiga y compañera de Okwu, Jalal, bajó sus armas y dio un salto hacia atrás. La profesora Dema arrojó el arma al suelo y señaló a Okwu.

—Tu armadura es espectacular. Déjala aquí y envíame las instrucciones para fabricarla. Pero si nos encontramos fuera de esta universidad, donde no seamos profesora y alumna, una de nosotras morirá y no seré yo.

Oí que Okwu la maldecía en su idioma tan para sí que no pude entenderla bien. No me dio tiempo a amonestar a Okwu por su grosería antes de que la profesora Dema alzara su arma y le disparara. Produjo un «bum» tan horrible que las paredes temblaron y algunos alumnos salieron volando. Pero Okwu no. La pared que quedaba justo a su izquierda exhibía ahora un agujero más grande que el cuerpo de tres metros de alto y uno cincuenta de la medusa. Trozos y esquirlas de mármol cayeron al suelo y el aire se llenó de polvo.

—No has fallado —dijo Okwu en khoush. Agitó los tentáculos y su umbrella vibró. Risa.

Unos minutos después, Okwu y yo nos marchábamos de la Quinta Torre Invertida en la Ciudad de las Armas. Yo con un zumbido en los oídos y dolor de cabeza y Okwu con un sobresaliente en su proyecto final de primero de Indumentaria Protectora.



Una vez en la superficie, miré a Okwu y me limpié el polvo de mármol y el *otjize* de la cara.

—Debo volver a casa —dije—. Iré de peregrinación.

Noté el aire muy cerca de mi piel. En cuanto regresara a mi habitación y me lavara, me aplicaría *otjize* de nuevo. Me tomaría más tiempo para extender una capa más gruesa en los *okuoko*.

—¿Por qué? —preguntó Okwu.

«Estoy sucia porque me marché de casa», pensé. «Si regreso y completo mi peregrinación, me purificaré. Las Siete me perdonarán y me liberaré de esta rabia tóxica». Pero no le dije nada de eso a Okwu, claro. Solo sacudí la cabeza y

caminé por el campo de mullidas plantas color granate llenas de agua que crecían sobre la Quinta Torre Invertida. A veces iba ahí a sentarme sobre las plantas y disfrutar de la sensación de estar flotando que me recordaba a cuando me sentaba en una balsa en el lago de casa.

—Yo también iré —dijo Okwu.

La miré.

—Aterrizarías en un aeropuerto khoush, eso si te permiten subir a la nave. Y te...

—El tratado —dijo—. Iré en calidad de embajadora de mi gente. Ninguna medusa ha estado en la Tierra desde la guerra con los khoush. Iré en son de paz. —Produjo una vibración en las profundidades de su umbrella y añadió—: Pero si los khoush comienzan una guerra, me impregnaré de ella igual que tú te embadurnas de *otjize*.

—No hace falta —gruñí—. El tratado de paz debería bastar. Sobre todo si Oomza Uni favorece el viaje. Y vendrás conmigo. —Sonreí—. ¡Podrás conocer a mi familia! Y te enseñaré dónde crecí y los mercados y... Sí, es una buena idea.

La profesora Okpala lo aprobaría. Una armonizadora armonizada. Llevar a Okwu en son de paz al territorio perteneciente al pueblo contra el cual las medusas habían estado en guerra sería una de las diez buenas acciones que Okpala había insistido en que debía realizar durante el ciclo académico como estudiante de matemáticas. También contaría como la Buena Acción que debía llevar a cabo en la preparación para mi peregrinaje.

HUMANOS, SIEMPRE ACTUANDO

Dos semanas después, encendí el transportador y recé una oración en silencio. Las Siete Deidades estaban en la tierra de mi hogar y yo me hallaba a planetas de distancia de ese hogar. ¿Me escucharían? Creía que sí: las Siete podían estar en muchos sitios a la vez y llevar todos esos lugares con ellas. Me protegerían, porque yo era una himba regresando a su hogar.

Aun así, mi transportador seguía sin hacer nada. Me quedé allí plantada, sin aliento, observando la piedra plana del tamaño de una moneda. Había hecho rodar la cápsula de caparazón duro hasta el ascensor y luego por el vestíbulo de la residencia hasta la entrada. El esfuerzo me había dejado sudorosa y molesta. Y ahora esto. La lanzadera estaba a un paseo de media milla de distancia por un sendero rocoso e irregular. Aunque ansiaba disfrutar del aire libre antes de pasar días encerrada en la nave, la caminata no sería tan agradable si tenía que empujar la pesada cápsula de viaje. Me arrodillé y toqué de nuevo el transportador.

Nada.

Apreté con más fuerza, aunque sabía que no produciría mejores resultados. No se activaba por la presión del tacto, sino por el contacto con la huella dactilar de mi dedo índice.

Otra vez nada.